

Prólogo

Por falta de tiempo, por características de su propio análisis, por sus series complementarias y por la mar en coche, muchas veces el psicoanalista se conforma con un visión psicoanalítica de la subjetividad, lo cual es, por supuesto, morderse la cola, algo en que no incurrieron nuestros grandes autores. Campea entonces una vaga noción de lo filogenético. Pero otras veces se per trecha demasiado rápidamente de rudimentos de biología, de sociología, de estructuralismo, de teorías sobre la familia y entonces cae en distintos reduccionismos, con tal de no investigar (y soportar) las condiciones de producción socio-histórica de la subjetividad. El sujeto no es pensable fuera de lo socio-histórico entramando prácticas o discursos, deseos, sexualidad, ideales, valores, ideología, poder, identidad, prohibiciones. Siguiendo por la negativa, el sujeto no es sin lo político, lo económico y lo ideológico.

Confrontar al psicoanálisis con nuevas formas de pensamiento es muy pero muy freudiano. El psicoanálisis nació confrontando con las disciplinas dominantes de su época. No es beneficioso ignorar lo que acontece en otros campos. Los modelos actuales de las ciencias aportarán metáforas fértiles para nuestro campo. Conviene proceder con cautela, pues la exageración del papel de las metáforas científicas en los asuntos humanos ha causado mucho daño. Las metáforas solo debieran ser empleadas como prótesis para la imaginación, como fuentes de inspiración. (Murray Gell-Mann)

Precisamente ahora el intercambio es más necesario que nunca, porque se advierten signos de agotamiento, si no del psicoanálisis, de cierto discurso psicoanalítico que pretendió sentarse en sus laureles. El psicoanálisis es un saber instituido e instituyente. Lo instituido impulsa lo instituyente pero también lo expulsa. Problematizar los fundamentos hace que lo instituyente repercuta sobre la práctica y que ésta vuelva a actuar sobre los fundamentos.

Sin duda en este libro el psicoanálisis no se muerde la cola. Aquí se abordan los desafíos de la práctica desde un psicoanálisis que se rehúsa a ser una reliquia, que respeta los “reparos” identificatorios de sus pacientes y de sus teorías pero que no transa con anquilosamientos y conformismos.

Nos ha reunido, sin fascinarnos, Piera Aulagnier. Es un placer intelectual seguir la trayectoria de esta pensadora. Por ejemplo, en su noción de “teorización flotante”. ¿Qué ideas son las que “flotan”? ¿Y en la “atención flotante”? ¿Las de un solo autor? ¿Las de varios? ¿Un solo autor implica dogmatismo? ¿Varios autores implica eclecticismo? Es lo que se irá leyendo.

Es fácil ver la paja en el ojo ajeno. Es fácil burlarse del psicoanálisis aplicado cuando un psicoanalista torpe arrasa con una obra de arte. Pero cuando en sesión aplicamos lo aprendido como si estuviéramos clonando, la escucha, reconozcámoslo, ha dejado de flotar. Por supuesto, decir lo primero que se nos viene a la cabeza sería espontaneísmo, antiteoría más que frescura. Me dirán que se trata de la creatividad. Me preguntarán cómo se logra. En este prólogo sólo diré que la práctica es la piedra de toque, si podemos *preservar cada proceso analítico en su carácter único*. La lectura, el estudio, son otra cosa. Allí el psicoanalista puede privilegiar ciertos aspectos de la teoría. La práctica, en cambio, lo obliga a investir la totalidad de la clínica. Pero eso también es válido para sus lecturas. Transitar diversas teorías permite estar permeables a diversos fenómenos clínicos que son mejor teorizados en algunas corrientes que en otras.

La práctica actual es variopinta. Y lo seguirá siendo mientras no la abordemos con un criterio. E incluso después del enfoque sistemático. Oscila actualmente entre dos actitudes. O se esfuerza en mantener la pureza del análisis, según la rígida oposición entre el oro y el cobre. O trata de cumplir con lo obvio: el psicoanálisis está hecho para el paciente y no el paciente para el psicoanálisis. En vez de quejarse por cómo han cambiado las personas, se intenta extender el campo del análisis a las personas reales, modificando el encuadre de acuerdo al caso. Se mantiene lo esencial de la técnica analítica (rechazo de manipulaciones, cierto mantenimiento de la neutralidad, trabajo transferencial más laxo), pero adaptándose a las necesidades de los pacientes.

A veces nos vendrían bien las habilidades de Sherlock Holmes. ¿Estaba Fulano en su consultorio haciendo lo que declaró que hacía? Entre cuatro paredes, cuidando su vocación, cuidando sus ingresos, ¿era tan tajante como en público se jacta de serlo?

No es verdad, nunca fue verdad, que la clínica lime las diferencias. (Pero sí que en la clínica no siempre hacemos lo que decimos que hacemos o lo hacemos con menos dogmatismo.) Podríamos hablar de temperamentos. Los “teóricos” consideran que la única forma de establecer al análisis como ciencia es construyendo una axiomática sin que la relación con la clínica importe demasiado. Los “clínicos” se satisfacen con fórmulas metapsicológicas simples (una metapsicología portátil) indispensables para poder operar técnicamente, convirtiendo a la práctica en un artesanado más o menos empírico.

¿Cuáles son los límites que puede permitirse lo no compartido o no compartible de nuestro proceder técnico? ¿Cuál es el conjunto de condiciones necesarias y generalizables que permita ese postergado debate clínico, más allá de cristalizaciones en ortodoxias crispadas?

Las prácticas que se dicen analíticas son tan heterogéneas que mientras que algunos se dan tiempo para preguntarse si eso es posible, otros optan por el “tenedor libre” o por ir “*de la Ceca a la Meca*” y otros por la “verdadera teoría”. A estos últimos, no es exagerado llamarlos fundamentalistas: no paran de arrojar anatemas a los que consideran desviacionistas, intentando mediante excomuniones expulsar a los herejes a las tinieblas exteriores.

Es preciso abrir el debate formulando propuestas que tiendan a disminuir el hiato entre lo que se dice y hasta se legisla en las reuniones de colegas y una praxis enfrentada con apremiantes demandas. Quizás no sea fácil cubrir el hiato. Hay muchas causas del actual malestar del análisis. Una de ellas es la divergencia entre lo que se hace con los pacientes y una producción escrita cada vez más redundante que tiene por función proveer contraseñas de pertenencia a la supuesta *avant-garde* del momento, en lugar de transmitir los cuestionamientos que surgen de lo más denso de la aventura clínica. Son muchas las ilustraciones clínicas en este libro. Y un capítulo entero está dedicado a que cuatro psicoanalistas discutan la transcripción textual de un material clínico¹.

1 Freud (1918) aconsejaba: “*La controversia teórica es la más de las veces infecunda. Tan pronto como empieza a distanciarse del material del que debe nutrirse, corre el riesgo de embriagarse con sus propias aseveraciones y terminar sustentando opiniones que cualquier observación habría refutado. Por eso considero muchísimo más adecuado combatir concepciones divergentes poniéndolas a prueba en casos y problemas singulares*”.

Este libro recordará, *produciendo*, la libertad intelectual de Piera Aulagnier, las múltiples ocasiones en que pudo superar las oposiciones, tan caras a Freud, oposiciones que en manos menos expertas pueden convertir una *vocación* (entre ellas, la psicoanalítica) en una *votación*, en un cara o cruz, en un acto por el cual uno se saca el problema de encima, sea el de la curación, sea el de la realidad. Pero tal vez el maniqueísmo más importante sea el de nuestras lecturas, entre “leer de todo” y “leer sólo al Maestro”, o al maestro de turno.

Piera Aulagnier hizo sus opciones. Leyó a Freud, a los posfreudianos y, por supuesto a Lacan, con quien se analizó y de cuyas instituciones fue miembro. Profundizó problemáticas cruciales del psicoanálisis contemporáneo. Porque Freud no basta, estuvo con Lacan. Porque Lacan “atrapa”, se escapó, no para refugiarse en una isla, no para inventar un nuevo solipsismo sino para pensar con nosotros, sin dejar nunca de ser ella misma. Supo evitar que las lecturas freudianas y posfreudianas y el horizonte epistemológico ejercieran con su pensamiento esa “violencia secundaria” no menos nociva que en el *infans*. Reinterrogó los fundamentos que rigen la metapsicología, la nosografía y la práctica para problematizarlos y para que repercutieran sobre la praxis. ¿Es el psicoanálisis la espera pasiva de la creatividad como un estado de gracia, de inspiración súbita? Prefiero pensarlo como lucha contra escollos, contra la repetición. Modesta pero firmemente se relegan aquellos conceptos impensables desde la racionalidad actual, diferenciando entre la historia caduca y la historia constituida por el pasado actual (que define los conceptos aún válidos).

Creo entender lo que dice Goethe y Freud transcribe: “*Gris es toda teoría y verde el árbol de la vida*”. Piera era psicoanalista y no poeta. Y aun para los poetas la vida sigue siendo otra cosa. Piera penetró muchos continentes negros de la teoría y de la práctica, la oscuridad. Lo que no hizo fue un culto del misterio, un culto esotérico. E hizo que nuestra tarea fuera posible, llevadera.

Esta tarea fue de Piera, es nuestra (porque no estamos solos) pero es sobre todo personal e intransferible. Ella contó con el respaldo de un psicoanálisis francés que estaba liberando del dogma toda una constelación conceptual (el conflicto, la historia, lo corporal, la historia identificatoria y la realidad). Que retornaba a la clínica y, por lo tanto, no sólo interrogaba “*los límites de lo analizable*” sino que avanzaba hasta ellos. Que replanteaba y replantea la cuestión terapéutica, con su ingrediente de esperanza, abandonada ya la tontería de considerar la ilusión como tontería. Y a ese psicoanálisis contribuyó con sutileza y fuerza. Sé que en este prólogo estoy incluyendo demasiados temas, sin cerrarlos, confiado en el diálogo que tendrá el lector con los diversos autores. Ahora se me presenta el tema trillado del ya no es lo que era antes. Al fin y al cabo, un psicoanalista trata de encontrar lo nuevo en la repetición, en lo obvio. ¿*Ha habido un cambio histórico de los pacientes o un cambio en la escucha de los analistas? ¿Hubo cambios en la psicopatología o en el tipo de demanda que se le formula al análisis?* Estamos, dicen, en la postmodernidad. En la modernidad, la tradición era un lastre aplastante pero también un reparo identificatorio. Ahora estamos a la intemperie, seducidos y abandonados por tecnologías que se renuevan todos los días. Ojo. Saludo los progresos de la informática y de los automóviles. Pero advierto a la vez una disolución de los marcos tradicionales de sentido.

En todas las disciplinas el fundamento es el soporte, la base que sostiene. Los conceptos fundamentales [*Grundbegriffe*] se parecen a los “reparos identificatorios” de nuestra vida. Son un reparo pero también pueden ser una cárcel. (Ojalá nuestras viejas ideas se pongan al día.)

No creo que en la clínica se desvanezcan nuestras diferencias teóricas. Tampoco creo en que cuando nos reunimos a discutir la teoría compartamos los conceptos fundamentales. Por supuesto, compartimos las denominaciones: sexualidad, inconciente, transferencia, repetición, edipo, represión, teoría pulsional, historia, conflicto, tópica².

¿Uno ha vivido? ¿Hasta qué punto uno ha vivido o está viviendo? En sus escritos esa es la pregunta que se hace Piera, pero también cada uno. Todo sujeto se interroga si ha contribuido a forjar una historia, si es dueño o no de un “*pequeño trozo de inmortalidad*” como prolongación del proyecto identificador. El yo está dispuesto a morir, “*pero quiere creer que algo de sí mismo permanecerá*”. Ello lo obliga a prever un juicio que sólo será formulable después de su muerte: “*Una vez escrita la última línea, no solamente el libro ya no es modificable, sino -y esto es más importante- el autor ya no tiene la posibilidad de gravitar sobre el juicio, sobre la interpretación de sus eventuales lectores*” (1979).

Este libro es una de nuestras respuestas. Somos sus contemporáneos y sus sucesores. Para coincidir, para ampliar, para cuestionar, agregamos lo nuestro.

Aquí reverberan las jornadas-homenaje a Piera Aulagnier que realizamos diez años después de su muerte. Quisimos entonces convocar a analistas que habían trabajado su obra para que desplegaran y explicitaran su práctica. No participaron todos, claro, pero participaron muchos que reconocían cierta influencia, no solamente los más allegados. Por diversas razones, no están presentes en este libro algunos psicoanalistas que no solo han difundido sus conceptos sino que los han enriquecido por sus elaboraciones personales (Janine Puget, Marilú Pelento, Fernando Urribarri, Ana Delia Levin de Said, Delia Torres de Aryan, Miguel Spivacov, Rodolfo Moguillansky, Alfredo Kargieman y muchos otros). A partir de los paneles y trabajos que aspiran a esclarecer sus conceptos en diversas prácticas (teóricas y clínicas) se generó un material pluralista y crítico que nos pareció merecedor de su publicación y difusión porque, entre otras cosas, ilustra el fructífero estado actual y el potencial del psicoanálisis argentino.

LUIS HORNSTEIN
Enero de 2004

* En esta presentación retomo temáticas desplegadas en *Intersubjetividad y Clínica* (Paidós, 2003) y en *Narcisismo* (Paidós, 2002).

2 Los **conceptos fundamentales** cumplen diversa función en la metafísica y en la teoría psicoanalítica. En filosofía “concepto fundamental” traduce la exigencia de un apriorismo radical. Ha sido producido para hacer posible una totalización que supone la supresión de los niveles de lo real y la sobrevaloración simultánea de aquellos aspectos que acreditan esa totalización a expensas de otros aspectos.